

El Dador Del Gran Gozo

Martín Lutero

Sermón para el culto matutino de Navidad.

Fecha: 25 de diciembre de 1531.

Texto: Lucas 2:1-14. Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado. Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. E iban todos para ser empadronados, cada uno a su ciudad. Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David; para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento. Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón. Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigiliass de la noche sobre su rebaño. Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será tu para todo el pueblo; que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!

El texto que acabamos de oír nos habla de lo que ocurrió en la fiesta que celebramos hoy, o sea, del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Esta historia es, pues, lo que debo explicaros ahora. Es una disposición muy sabia, la de asignar tres días festivos a la predicación sobre este tema, ya que la historia de la Navidad constituye la base de nuestra fe cristiana; de esta manera, el recuerdo de Cristo permanece vivo en la mente del pueblo. Y es además una muestra particularmente clara del poder de Dios el habernos conservado este texto tan explícito acerca de Cristo y el Espíritu Santo. (Así, aun en la época del papado supieron decir al menos algo en cuanto al nacimiento y la resurrección de Cristo); de otra manera, el conocimiento detallado de estos hechos se habría perdido del todo.

Dos partes principales hallamos en nuestro Evangelio: el relato del nacimiento de Cristo en Belén, y las palabras que el ángel dirigió a los pastores.

Veamos en primer lugar la historia misma, que debe ser inculcada a todo el pueblo cristiano y en especial a los niños, para que sepan y crean que Cristo fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de la Virgen María. Si bien los apóstoles dejaron clara constancia de estas verdades⁴, es preciso insistir en ellas siempre de nuevo. Lo primero que Lucas menciona es que el emperador Augusto mandó hacer un censo, el primero en tiempos de Cirenio (con el fin de filar el impuesto a cobrarse a cada jefe de familia). Con esto, Lucas sin duda quiere describirnos

el tiempo y el año exactos en que Cristo nació, a saber, la época en que el imperio romano se hallaba en su apogeo (y era gobernado por el más sobresaliente de sus emperadores). A raíz de este censo, todos se dirigieron a la ciudad de donde era oriunda su familia, entre ellos también José y María. Y fue entonces que a María se le cumplieron los días de su alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en el mesón.

Ahí vemos que ya con este hecho inicial de su nacimiento en Belén, Cristo tiene un propósito determinado: el de diferenciar su reino del reino de las autoridades seculares. Viene a este mundo como si no quisiera saber nada de él, y sin embargo se sujeta a las disposiciones que rigen para este mundo. No le quita a Augusto su autoridad, sino que le permite promulgar aquel edicto y empadronar a todo el mundo, incluso a sus padres José y María; (todo sucede tal como la voluntad del emperador lo dispone). Cristo no abroga, pues, este reino basado en un orden racional, jurídico. Lo considera una organización importante dentro de la esfera que le es propia, pero más allá de ello no le hace concesión alguna. Adopta ante este reino una actitud como si no tuviera nada que ver con él: lo deja subsistir tal como está. (Y por su parte, tampoco el mundo toma nota de Cristo; apenas le concede un lugarcito a su futuro rey.) Antes bien, éste tiene que nacer de noche, en invierno, no en la ciudad en que vivían sus padres, sino en la lejana ciudad de Belén. (Así que Cristo nace en tierra extraña, en una ciudad que no es la suya y que por lo tanto no tiene lugar para él.) ¡Tan malo no debiera haberse mostrado el mundo (ni aun cuando fuera un lobo) como para no conceder un lugar a una parturienta! Sin embargo, a Cristo no se le da ni un cuartito (ni mucho menos una habitación calentita), sino que va a parar a un establo, cuna muy poco apropiada por cierto para un niño recién nacido. En resumidas cuentas: (todo esto son señales de que el mundo desprecia a Cristo y no repara en él para nada, y él por su parte) hace como si no reparase para nada en el mundo, cual si quisiera decirle: "Yo tendré otro reino, aunque quiero vivir en el mundo".

Cristo, como Señor de la vida eterna, es sólo un huésped en esta tierra.

Por tanto es preciso hacer una distinción cuidadosa entre estos dos reinos. Pues la autoridad en lo político quisiera ser también la autoridad en lo religioso, y viceversa. (En otras palabras: los que rigen los asuntos seculares quieren regir también en la iglesia, y los dirigentes espirituales se arrojan el dominio en los asuntos seculares.) Siempre se intenta mezclar lo uno con lo otro. Hasta ahora, en el papado, los obispos fueron los que hacían de gobernantes; y ahora son (los príncipes) y los campesinos los que quieren ejercer la dirección de las conciencias. Ni bien los hombres pisamos tierra firme, ya nos vienen también ganas de tomar la espada. Cristo empero hace una clara distinción entre ambos reinos: Él se ubica en el reino del mundo, ahí nace y vive, y hace uso de todo lo que atañe a la existencia física. Esto sí: lo usa con moderación, guiado por la misericordia, y sólo para tener qué comer y con qué vestirse. Y lo mismo hacen todos los predicadores (pues ¿dónde puede haber un cristiano que no haga uso de las cosas de este mundo?); pero no por eso están ejerciendo un dominio. ¡Mantengamos pues la debida diferenciación entre ambos reinos! El régimen espiritual debe ser un huésped en este mundo y su reino (como dice Pablo en 1ª Timoteo 6:7, 8), es decir, debe considerar a este mundo como la casa donde come y bebe; pero el gobernar, juzgar, (declarar y hacer la guerra, etc.) —esto se lo debe dejar a las autoridades seculares. Con esto, Cristo no tiene nada que ver. Lo único que él quiere es liberar a las conciencias (del pecado y de la muerte) para conducir las a la vida eterna (cosa a la cual el mundo no puede contribuir con nada). Por esto lo trata al mundo como si no lo conociera, y lo mismo hace el mundo con él. Cabía esperar que los habitantes de Jerusalén se

arrastrarán de rodillas a Belén para recibir a su Rey. Pero no lo hacen. (Por consiguiente, tampoco él se apresura en dirigirse a ellos.) En resumen: el que quiere ser (cristiano y) predicador, busca la razón final de su actuar en lo que tiene que ver con la vida venidera. Lo referente a la forma cómo se ha de vivir en esta tierra se lo encomendamos al emperador y demás autoridades competentes; ellos tienen en sus manos el poder de gobernar, y de dirigir los asuntos económicos. Los cristianos, aunque también usufructuamos de todo esto, estamos aquí simplemente como en una casa de huéspedes: el dueño de la casa corre con la administración, y nosotros pagamos. No le damos directivas al hostelero, no tomamos intervención en sus quehaceres; simplemente venimos a él y comemos en su casa. De igual manera, Cristo es solo un huésped en este mundo; come y vive aquí, pero tiene otra meta, a saber: el reino eterno. Así, pues, el objetivo del Estado es la paz en el mundo, el objetivo de la iglesia es la paz eterna. La iglesia no busca el hermoso edificio ni el puesto de mando, sino que tiene puestos sus ojos en la vida futura. Si a mí me llega mi última hora, no hay emperador que pueda auxiliarme, tampoco puede un emperador librarse a sí mismo de la muerte; la iglesia de Cristo empero nos guía hacia la vida eterna. Ésta es la meta que debe tener en vista un régimen cristiano, no el buscar las cosas que son de este mundo.

He aquí, pues, el significado de la historia del nacimiento de Cristo: El Señor vino para instituir un régimen nuevo. Esto no conduce a la abolición de los regímenes políticos (o a la limitación de sus facultades); antes bien, Cristo da a estos regímenes lo que les corresponde. Hace uso del mundo, pero no lo gobierna. Aplicado a nosotros, esto quiere decir: Si, tenéis un régimen, usadlo como sabéis que debe ser usado.

II. La buena nueva del reino de Cristo se proyecta hacia el reino del mundo.

Con Cristo llega a las conciencias atribuladas el Gran Gozo.

La segunda parte principal del Evangelio de la Navidad son las palabras con que el ángel anuncia la llegada de otro reino, que no es de este mundo. Si el régimen que Cristo venía a instituir hubiese sido un régimen secular, seguramente Caifas y el sinedrio le habrían rendido a Cristo los honores correspondientes (hasta habrían ido a Belén a cantar "Gloria a Dios en las alturas"). Pero en lugar de ellos vienen otros, a saber, los ángeles del cielo, que elevan sus ojos a su Rey y anuncian que su reino es un reino celestial, al cual pueden pertenecer sólo aquellos que son como los ángeles. Y el mensaje que los ángeles traen es: "¡No temáis! ¡Os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor!"

Vemos así que la explicación de la historia de la Navidad evidencia a su vez la distinción entre los dos reinos. Los ángeles nos dan la confirmación: este reino es un reino eterno, del cual el mundo no quiere tomar nota. Cristo es rey de los ángeles, y no obstante se halla en el mundo, y usa un pesebre; pero no le impone a este mundo su dominio. Los ángeles indican en su cántico quiénes son los que pertenecen al reino de Cristo. En efecto: los que tienen mentalidad (y aspiraciones) mundanales no pertenecen a él. Los cristianos ciertamente pueden desempeñar funciones gubernamentales (más lo hacen por obediencia a Dios y por amor cristiano) para prestar un servicio al mundo en que habitan. Pero aspirar a tales cargos y luchar por obtenerlos es algo que no corresponde a quienes son ciudadanos del reino de Cristo. A este reino pertenece gente pobre, gente que padece infortunios y que está llena de temores. Consecuentemente, en el cántico de los ángeles hay un acento que en un primer momento infunde un gran temor a los pastores, con lo cual queda indicado que el reino de Cristo tiene que ver sólo con los aterrados, no con los que ambicionan las riquezas de este mundo ni con los fanfarrones. Los piadosos usan

este mundo gobernado por las autoridades seculares únicamente como huéspedes (así como Cristo usó pañales, leche y pesebre); pero sus miradas están dirigidas sólo hacia el reino que ha de venir. Esto es lo que quiere decirnos el texto: "Y tuvieron gran temor". Pues los ángeles vinieron; rodeados de un gran resplandor, tanto que la noche en derredor fue convertida en radiante luminosidad, de modo que los pastores (creyendo que se trataba de potentísimos rayos) temieron que había llegado su fin. A estos pastores tan asustados, el ángel del Señor los consuela diciéndoles: "He aquí os doy nuevas de gran gozo". Y luego agrega en particular: "que será para todo el pueblo"; este gozo, en verdad, es anunciado a todo el pueblo, pero se extiende sólo a los que tienen la conciencia aterrada. (Éstos son los míos, dice el ángel, a éstos les quiero comunicar algo bueno.) Puede parecer asombroso cómo el gozo sigue tan de inmediato al temor. Es que el gozo más dulce y más puro es demasiado sublime como para que el corazón humano pueda captarlo sin más ni más. Sólo después de un gran temor podemos entregarnos de lleno a la alegría. El orden saludable es, pues, éste: primero, el gran temor; luego, el dulce consuelo. En nuestro texto oís que Cristo no es nuestro terror, sino nuestro gozo; oís que él es lo que un cristiano desea y lo que le llena el corazón de alegría. La alegría del mundo son 100.000 florines y grandes tesoros. Una conciencia atribulada empero busca a un Dios reconciliado (busca paz y consuelo). Esto sí es el gozo supremo. Comparado con él, el gozo del mundo es un heder. Pero en Cristo hay gozo para la conciencia.

Con Cristo a su lado, los aterrados pueden vencer su temor.

(Escucha, corazón incrédulo, te diré una buena nueva:). Ahí está Cristo, nacido y muerto en bien tuyo. (No pienses que esté airado contigo, pues no ha venido para esto.) Aquí no vale el mirar con malos ojos. ¡"Gran Gozo" es el nombre que los ángeles le dan a Cristo! ¡Quién pudiera estudiar a fondo esta ciencia! La razón de por sí no puede arribar a ningún resultado satisfactorio, ya que bajo el papado se la corrompió con la falsa imagen de un Cristo que como juez quiere juzgarme conforme a mis obras. Sí, esto es lo que se nos inculcó respecto de él, y lo que también quedó grabado en nuestra mente: que Cristo es un juez al cual tenemos que aplacar por medio de nuestras obras meritorias. Así nos lo enseñaron. (Esto no es predicar un Salvador, sino el fuego del infierno.) Y esta enseñanza dañina todavía constituye un impedimento para nosotros los mayores. (Yo p. ej. no puedo llamar a Cristo "Salvador" con la misma facilidad con que lo hizo el ángel, a pesar de que lo es con toda certeza, ya que el ángel le presenta como "gran gozo".) Vosotros en cambio, los niños, podéis creer a los ángeles de todo corazón. En fin: aquí se nos dice que Cristo es el "gran gozo" para las almas llenas de terror, pero sólo para ellas, no para los hipócritas ni tampoco para el vulgo presuntuoso. Las conciencias aterradas empero describen a Cristo como "Aquel que es pura alegría". Sin embargo, las cosas ocurren en orden inverso: los piadosos, que debieran alegrarse, temen; y los que debieran sentir temor, se sienten libres de temores. Los piadosos no pueden comprender aún su "gran gozo". Los otros se lo arrogan como si les correspondiera. Aprended pues a fondo esta descripción de Cristo como el "Gran Gozo", y aprended a decir: "Con mucho gusto oiré hablar de las grandes obras de Dios, de su ira y de su poder, (de lo que hizo con los habitantes de Sodoma y con el reino de los asirios; todos éstos tuvieron que ir por el camino que Dios les trazó.) Sin embargo, lo que yo en realidad necesito es tener a Cristo. Éste vale para mí más que todo lo otro." Satanás por su parte, valiéndose de estas historias terroríficas, intenta proyectar toda la ira de Dios sobre la persona de Cristo para infundirnos temor ante él; tú empero di: "Que Cristo esté airado no me toca a mí sino a los impíos (papistas, a los príncipes, a los que son como los habitantes de Sodoma). Yo sé que soy un hombre perdido y condenado. Pero Cristo no tiene otro nombre que éste: 'Gran Gozo'. Éste es el

cuadro que tengo ante mis ojos. Veo al Niñito que para mi bien nació de una mujer en un establo. Aquí lo tengo pintado. Y aquí hay un ángel que dice que ese gran gozo hay que predicarlo. Mas si en nuestro corazón tenemos la imagen de un Cristo airado (que hace perecer al mundo en el diluvio) y degüella a los reyes, entonces este Cristo no es el verdadero. A Cristo debemos usarlo en otro sentido, a saber, como "gozo para todos". (He aquí el texto áureo.) ¿Qué nombre tiene el gozo? Se llama: "Os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor". (En términos de la teología del papa) ese "Cristo es el Señor" tiene un sonido aterrador. Al instante, todo el mundo piensa en un verdugo, y sin embargo, hay un inmenso consuelo en estas palabras (porque se añade): "el Salvador", el Auxiliador que confiere dicha y salvación a los necesitados. A los poderosos no les hace falta tal Salvador. Pero yo soy un débil pecador, atormentado por una mala conciencia. ¿Quién puede ayudarme? Aquí está el que puede hacerlo, hoy mismo nació. Por lo tanto, el ángel le da justamente los nombres más apropiados, o sea: "Gozo" y "Salvador", a saber, Gozo y Salvador para los tristes y condenados. Lo primero es que tengo que sentir temor; sólo entonces estoy preparado para recibir el consuelo.

Conclusión: También en el juicio final, Cristo será nuestro Auxiliador.

(Que el Cristo Salvador será también el Juez en el día postrero, no puede perturbarme; al contrario, entonces él se mostrará más claramente que nunca como el Auxiliador verdadero.) ¿Quién, en efecto, me libertará del mundo, de mi carne pecaminosa, de lo malo, (del papa, de los nobles, de los campesinos), del diablo, quién sino el Señor y Rey en persona que juzgará al mundo, dando a los impíos el merecido castigo, y conduciendo a sus fieles a la libertad? A los que me atormentaron, a éstos los atacará: a Satanás, a los impíos, a los que causan divisiones en la iglesia, a la carne, a mis pecados. A éstos los atacará en el juicio final (no a los piadosos que hallaron en él su alegría). ¡Éste es nuestro Salvador! No será aquel juicio el momento para que nos defendamos con nuestras cogullas y tonsuras. Lo único que valdrá será Cristo y su redención. Cada cual medite en este texto áureo todo cuanto pueda; yo no me siento capaz de explicarlo en forma satisfactoria.